

Prologo

Gustavo Esteva

No sé cómo escribir este prefacio, que funcionará como prólogo de los artículos de Jean Robert seleccionados para este número del *Journal of Illich Studies* que por primera vez aparece en español. No es un homenaje, ni una introducción a su inmensa bibliografía. Se trata, me parece, de ofrecer algunas pistas de lectura para esta selección, especialmente para generaciones jóvenes que no tuvieron oportunidad de acompañarlo en vida. Y no sé ni por dónde empezar, entre otras cosas por lo que experimento al pensar en una amistad cultivada a lo largo de 50 años, que estuvo animada por muy heterogéneas pasiones compartidas, lo mismo el sanitario seco que la vida y obra de Iván Illich o los zapatistas.

En la conversación y a veces también en su obra Jean saltaba de pronto a un tema que no parecía tener relación alguna con lo que estaba abordando. Nunca he experimentado nada semejante a lo que hacía Jean al conectar, de forma tan original como erudita, asuntos que no tenían obvia relación entre sí. El compás de sus intereses y saberes era tan amplio que permitía esa operación peculiar, que a veces nos desconcertaba mucho. Pienso que es muy importante tener esto en cuenta al acercarse a sus trabajos, porque siempre hay, al lado de las reflexiones sobre el tema que se aborda en cada trabajo, aperturas en muy distintas direcciones.

Algo semejante pasa con el lenguaje. En los últimos años de su vida, las palabras de Jean se apartaban de los lenguajes que estaba empleando. Parecían una mezcla de español,

inglés, francés, italiano o alemán; hasta latín o griego podían aparecer en el panorama. No eran citas o referencias. Tampoco eran errores, exhibicionismos o pedanterías. Cuando Jean no encontraba en la lengua que estaba usando una forma apropiada de compartir lo que pensaba o veía, introducía una manera más eficaz de expresarlo en alguna otra de las lenguas que dominaba. Esto daba lugar a fascinantes conversaciones cuando la persona que le oía no conocía el idioma intruso y preguntaba por el significado de la palabra o de la expresión usada por Jean. En ese momento se aclaraba con nitidez que no era posible una traducción precisa, que había usado una palabra o expresión ajenas al lenguaje que estaba usando porque en él no podía decir con precisión lo que veía o sentía.

Con esto solo quiero subrayar que la vida y obra de Jean no encajan en clasificaciones profesionales o disciplinarias, que desbordó continuamente. Su asombrosa congruencia le hacía desgarrar todos los marcos de las disciplinas o profesiones en que se paseaba con comodidad y se expresaba en prácticas que reflejaban con eficacia sus posiciones teóricas o políticas. Es admirable, por ejemplo, su negativa permanente a poseer o emplear el automóvil. Su vigorosa crítica al sistema moderno de transporte urbano, que incluyó regularmente propuestas prácticas para evitar los desastres y perturbaciones que causa en la vida cotidiana en las ciudades, se expresó siempre con su propio comportamiento: usó los pies, la bicicleta o sistemas de transporte público para desplazarse; esa era su automovilidad. No caía en lo que criticaba, como tan frecuentemente hacen los académicos.

Lo recuerdo bien en 1985, ante el terremoto que asoló tantas partes del país el 19 de septiembre. Se vino desde Cuernavaca con un zapapico; venía decidido a participar directamente en la emergencia, no a ser un mero espectador. Tuvo que abandonar la herramienta en alguna parte de la ciudad, porque lo ocuparon por muchas horas como traductor entre brigadas

de rescate de varios países que llegaron al derrumbe del Centro Médico y tenían paralizadas las acciones porque no podían entenderse.

A raíz de un encuentro muy grato el 8 de septiembre de 2018, en que comentamos las consecuencias del rumor sobre su cáncer en sus interacciones con los demás, se desató una intensa corriente de cartas y de intercambio de documentos, con fragmentos de lo que estaba haciendo. La colección de un año completo podría publicarse como un pequeño libro, porque muestra la potencia libre del pensamiento de Jean, desplegada sin reservas a lo largo de muchas páginas en ese tramo tan sabio y creativo al final de su vida. En la primera carta, la del 9 de septiembre, alude a su “herencia”. La palabra le parece “grandilocuente”, pero siente que debe usarla porque tiene “mucho más trabajo inédito que publicado”. Y menciona entre sus trabajos inéditos cuatro clases de textos, en los que de hecho estuvo trabajando los últimos dos años de su vida y nos dan buenas pistas para ordenar esos materiales. Pienso inevitablemente en la semejanza con Foucault, pues muchos consideramos que sus escritos publicados en forma póstuma son los mejores. Tengo la impresión de que algo semejante puede ocurrir con Jean. Tiene innumerables textos de enorme valor, cuya publicación se pospuso por algún factor circunstancial y no se realizó.

No puedo, en fin, escribir este prólogo, un *pro-logo*, un argumento para celebrar, destacar o aclarar aspectos de lo que sigue. Me reduzco a decir que son ventanas específicas para asomarse al inmenso paisaje de la obra de Jean, que esperamos seguir visitando de muchas maneras.

Pero no puedo concluir sin decir que Jean era, ante todo, un hombre bueno y generoso. Hizo de estas virtudes cada vez más escasas en la sociedad actual una definición existencial. Era notable su bondad natural, siempre abierta, y aún más notable su espíritu

generoso, que permitía contar con él hasta para las más inusitadas aventuras o cuando se le imponían sacrificios importantes en lo que estaba haciendo. Son virtudes transparentes en lo que escribió, como podrá constatarse en seguida. Asomarse a los mundos de Jean es siempre una experiencia intelectual, política y moral a la vez.

Los capítulos de este número

Y usted, ¿es libre? Le traslado, lectora, lector, la pregunta que nos hicieron los zapatistas durante la escuelita. Nos acababan de explicar su idea de libertad, derivada de su condición de subsistencia autónoma, y nos hicieron la pregunta: “Y ustedes, ¿son libres?”. A su regreso, Jean trató de contestarla. Lo hizo discretamente, en su casa en un suburbio de Cuernavaca. Y luego elaboró el notable ensayo que aparece al principio de este número.

¿Se puede ser libre en una ciudad moderna? se preguntó Jean. Para contestarse, tuvo que preguntarse por la modernidad, el capitalismo, el trabajo, la mercancía y buena parte de lo que forma la vida cotidiana en cualquier ciudad del mundo. Cuestionó radicalmente las percepciones habituales de ese mundo “normal” y fue desmontándolas, una por una. Quien se anime a seguirlo no podrá conservar esas percepciones, si las tenía. A lo mejor acabará, como él, rechazando las formas en que hemos sido moldeados por el capitalismo —las cabezas tanto como los corazones—. Quizá dejará de querer lo que hasta ahora quería y abandonará algunas de sus creencias y querencias más sentidas. Y hasta podría poner ahora su empeño en la conquista de una libertad que la mayor parte de los habitantes de la ciudad desconocen.

En este ensayo Jean explora la posibilidad de un sentido común que llama controversial. Se pregunta si la gente del campo —como los pueblos indios, como los pueblos zapatistas— pueden compartir su sentido común con las personas de la ciudad, y al mostrar el contraste inmenso entre las condiciones de vida de esos grupos tan diversos plantea que ese sentido común, si se pudiera construir, sería controversial, tendría distintas versiones. Ese es el desafío que nos plantea.

Como de costumbre, se manifiesta en este ensayo la asombrosa erudición de Jean, que lo mismo explora con familiaridad autores de hace muchos siglos que las publicaciones actuales de grupos técnicos internacionales o de las burocracias mexicanas. Cada nota al pie de página está cargada de pistas hacia temas por explorar. A menudo son indispensables para dar precisión a conceptos poco usuales, como el de *trabajo fantasma*.

Este ensayo aparece al principio de este número porque es ante todo una invitación a pensar todo de otra manera, que es lo que hizo sistemáticamente Jean a lo largo de su vida. Es una manera otra de pensar que Jean va construyendo junto con sus lectoras y lectores, igual que hacía con sus amigas y amigos, al compartirles sus lecturas, sus experiencias, sus intuiciones y sus hallazgos, a menudo sorprendentes.

¿Podremos tener ese *sentido común controversial* por el que aboga Jean, en el espejo de la escuelita zapatista?

* * *

El segundo texto de este número, “¿Se puede pensar después de la economía?”, complementa de modo peculiar el primero. Lo presentamos aquí en el orden invertido al que

tuvieron los dos ensayos en *Modernidades alternativas*, el libro editado por Daniel Inclán, Lucía Insalata y Margara Millán, en una colección que explora modernidades alternativas y un nuevo sentido común: las prefiguraciones de una modernidad no capitalista. Las preguntas del libro explican el orden en que se publicaron en él los ensayos de Jean. El que colocamos ahora en segundo término abrió la primera sección, que se preguntaba por una cultura material no capitalista. El que se publica aquí en primer término abrió la tercera sección, sobre "Lo político y lo común".

Nos pareció que la crítica radical del mundo en que vivimos y la manera en que lo pensamos y sentimos era una portada apropiada para quien va a leer una selección de ensayos de Jean, todos los cuales se inscriben en esa crítica. Ese ensayo puede verse como preparación apropiada del horizonte de ideas que define la vida y obra de Jean, que nunca se sintió cómodo con lo que le daban, que nada tomaba sin pasarlo por el filtro de su crítica afilada. Del mismo modo que se negó a poseer un automóvil, en el marco de su crítica del transporte rápido y la vialidad urbana —siempre trató de llevar a la práctica sus ideas—, Jean nunca aceptó cuanto oyó o leyó sobre la economía, la sometıo continuamente a su crítica radical y así quedó bien preparado para pensar más allá del capitalismo.

El segundo capítulo de este número explica con gran rigor teórico e histórico la manera en que el capitalismo puede ser caracterizado como la guerra permanente contra la subsistencia autónoma. Jean permite ver las condiciones bajo las cuales nos hacemos cómplices de nuestros enemigos en nuestras actividades cotidianas y las prácticas que podrían traernos de regreso a nuestro propio bando.

El texto forma parte de una crítica de las profesiones y los profesionales, tanto la teoría como la práctica del modo profesional, y es una buena ventana para abordar las ideas de

Iván Illich, con quien Jean convivió por casi medio siglo. Con la guía de ambos podemos claramente replantear nuestras prioridades, más allá del capitalismo, más allá de la economía.

* * *

En “La construcción social del sexo”, el tercer capítulo del número, Jean sigue disolviendo el piso bajo nuestros pies, al examinar críticamente los supuestos en que se basa el orden social. No solo muestra y demuestra el carácter histórico del sexo, su nacimiento en la era moderna, y asume sin reservas la crítica demoledora de Illich a los historiadores que han pretendido inventar una historia precapitalista del sexo. También, con Illich, revela cómo la transición histórica del género vernáculo al sexo económico es el verdadero nacimiento de la economía.

Nos ha parecido pertinente que a continuación de la reflexión sobre la economía, en el segundo capítulo, aparezca un texto que aparentemente nada tiene que ver con eso y parte de una reflexión sobre la condición homosexual. El propio Jean juega con las ideas que está abordando al preguntar si debería considerarse un gay de la economía, para aclarar de inmediato por qué no lo haría: la disidencia debe seguir otro camino, ante todo cuestionando la clasificación a partir de lo que sería la normalidad, la norma. Está cuestionando, con todo respeto, las actitudes de sus amigos homosexuales que se le han acercado.

Jean cita a Illich al argumentar por la necesidad de escribir la historia del “humano normal”: “Paralelamente a la historia del *desviado*, marcada por la exclusión, actualmente se debería escribir una historia del *humano normal*, del heterosexual. Mientras no se conozca más de la ortopedia conceptual que antecede a la construcción social del heterosexual, masculino o

femenino, no se podrá comprender el carácter *económico* de la pareja conyugal y de nuestra sociedad sujeta a la producción mercantil”.

Sostiene Jean que “los dispositivos que mantienen en pie tanto los tambaleantes edificios del *desarrollo económico* como de la sacrosanta *normalidad sexual* apelan a los mismos prejuicios, se valen de las mismas certezas sin cuestionar, fundan sus teoremas en los mismos axiomas.” Recuerda Jean que Foucault reconocía el carácter histórico del sexo y cuando le preguntaron qué había antes que él se refirió a las artes eróticas. Por ello, argumenta Jean, la sexualidad sería el sometimiento paralelo de las artes eróticas a la misma ley de la economía.

Su posición es nítida. En vez de asumir cualquier identidad minoritaria, exigiendo respeto para quienes se encuentran en alguna de las categorías en que se nos ha colocado, necesitamos resistir esas definiciones y clasificaciones, y especialmente la forma en que se pretende *corregir* nuestra condición para adaptarla a la norma mediante alguna forma de terapia. Se trata de oponerse radicalmente al estilo patriarcal en que se tolera nuestra condición específica siempre y cuando estemos dispuestos a someternos a las terapias que la corrigen. Por eso Jean plantea que sus amigos homosexuales podrían expresar de otra manera su disidencia.

* * *

En “Cuando no hay palabras y los conceptos son sombras”, el siguiente capítulo, Jean parece estar redondeando sus reflexiones sobre la subsistencia autónoma que aparecieron en el primer capítulo. Lo hace con maestría al referirse a un seminario sobre “La perspectiva de la subsistencia”, organizado en Alemania, al que asistió *El Gallo*, con lo que Jean alude al

suplemento periodístico *El Gallo Ilustrado*, en el cual se publicaron buena parte de las contribuciones a ese seminario y de los trabajos de Jean que se publican en este número.

Sin embargo, al referirse a las intervenciones de *El Gallo* en el seminario, Jean abre una nueva discusión sobre un tema presente desde los primeros párrafos del primer ensayo y que no deja de manifestarse en todos los escritos, pero solo aquí se aborda explícitamente. ¿Cómo sabemos que sabemos? ¿Cuál es el carácter del “saber” que pretende ofrecernos la ciencia?

Después de referirse a la cuestión de la subsistencia, que es el tema del seminario, Jean entra de lleno a la discusión del carácter de la ciencia, de sus sesgos específicos. Aborda directa y abiertamente, con su claridad acostumbrada, el alcance de la mirada, lo que significa tener una perspectiva, de qué manera la “objetividad” de la ciencia puede ser puesta en entredicho y lo más importante, algo que estuvo continuamente presente en la vida y la obra de Jean: la forma en que la liberación política, que define su motivación vital, no puede colgarse de los conceptos —meras sombras— y menos aún de los científicos.

Escrito en 1988, este ensayo parece preparado para los predicamentos de hoy, cuando el lenguaje heredado resulta enteramente incapaz de abordar nuestras “crisis” —en que la propia palabra *crisis* está en la situación a la que se refiere, en una profunda “crisis”...— y en que los conceptos son sombras.

* * *

Cuando Iván Illich nos puso en la pista de Ludwig Fleck y algunos de nosotros nos atrevimos a leer *Génesis y desarrollo de un hecho científico: introducción a la teoría de los*

estilos de pensar y de los colectivos de pensamiento, cayeron a pedazos algunas de nuestras más firmes convicciones, tanto sobre las “verdades científicas” como sobre nuestras percepciones generales sobre la “verdad” y la realidad misma. Era sin duda extraño que el libro hubiera permanecido en la oscuridad y que los debates sobre estas cuestiones apenas lo mencionaran. Pareció entonces importante estimular el debate sobre el asunto y pedí a Jean una reseña para *El Gallo Ilustrado*. Jean aceptó con entusiasmo y preocupación. “No podré hacerla en el tamaño apropiado para *El Gallo* —me dijo—. Tendré que hacer varios capítulos”. Y así salió. ¡Resultaron cinco!

Debo confesar que solo entonces, cuando llegamos al final de la reseña de Jean, pude entender lo que significaba la contribución de Fleck. Era aún más grave de lo que había pensado al leerlo. Jean logra explicarnos bien la manera en que ciertas “ideas científicas precisas pero limitadas se transforman en certidumbres sobrecogedoras”, “en verdades” asumidas por la sociedad entera, a menudo fuera de contexto. Nos explicó también cómo esas certidumbres que se convierten en una manera común de pensar en determinados lugares y contextos, “influyen a su vez sobre la formación de las ideas científicas”.

Fleck hizo un intento serio de escribir para una amplia audiencia. Pero era inevitable que sus tres especialidades científicas influyeran en el texto y no pudo evitar el manejo de explicaciones técnicas que dificultan la lectura del libro. Como era su costumbre, Jean no solo llegó a fondo en esa lectura —era realmente notable la manera en que descubría lo que a menudo los autores encubren en sus textos—. La complementó con muchas otras, nos ofreció el contexto en que Fleck escribió el libro, hizo con él lo que Fleck nos proponía hacer con las ideas científicas y nos permitió aquilatar realmente —y entender— lo que este libro hizo.

La reseña de Jean parece escrita para el día de hoy, aunque tiene más de 30 años. Pocas veces ha habido un caso más espectacular que el de la pandemia, en que ciertas ideas ilimitadas se convierten en “certidumbres sobrecogedoras”, las condiciones en que la mayor parte de la población del mundo está asumiendo como “realidad”, como “verdad indiscutible”, como si fueran hechos empíricos mundos y lirondos, lo que solo son ideas vagas insuficientemente elaboradas, que tienen un uso preciso y limitado. Jean nos recordó una afirmación contundente de Fleck que hoy parece tener más aplicación que nunca: “Las sociedades tienen las enfermedades que se merecen”.

La reseña de Jean tampoco es fácil, aunque plantea menos dificultades que el libro de Fleck. Pero una lectura atenta y cuidadosa de su texto resulta hoy indispensable.

* * *

Jean escribió ese texto en 1988. Doce años después, al empezar el año 2,000, vuelve a mencionar el libro de Fleck al reflexionar sobre el cambio climático. Mucha agua ha pasado bajo los puentes desde entonces. Tuvo razón *The Guardian*, por ejemplo, cuando adoptó como política editorial no volver a mencionar el ‘cambio climático’ o el ‘calentamiento global’, por considerar que eran meros eufemismos ante lo que realmente padecíamos: un colapso climático. No nos animamos aún a reconocer que ha desaparecido el clima que teníamos y que poco sabemos del nuevo, salvo que es causa de todo género de catástrofes. Sin embargo, lo que escribió Jean hace más de 20 años retiene plenamente su validez. Su crítica rigurosa del uso de la ciencia para dar supuesta legitimidad a lo que se está propalando sigue siendo enteramente pertinente.

Las manías que observó Jean hace 20 años se han multiplicado y acentuado en los periódicos. El mismo grupo de científicos y organizaciones que a menudo fracasa en sus pronósticos del tiempo para el día siguiente se atreven a circular como si fueran hechos sus pronósticos sobre el clima dentro de cinco, diez o cincuenta años. Al desmontar las falacias de sus razonamientos y procedimientos, Jean insiste una vez más en la necesidad de confiar en nuestras propias percepciones y resistir lo que se usa constantemente para moldearnos en ideas y comportamientos tan alejados de la realidad como cercanos a los intereses de los grupos dominantes.

* * *

Los últimos capítulos de esta colección forman un todo coherente, aunque fueron escritos en muy diversas circunstancias y momentos. Son textos en los que Jean aplica su reflexión profunda y su complejo y diversificado marco teórico a las realidades concretas e inmediatas y construye opciones, que casi siempre se han formulado a partir de la práctica con otras personas y grupos.

En estos capítulos hay tres campos a los que Jean dedicó buena parte de su vida: la energía, el transporte y el agua. Muchas personas participamos con Wolfgang Sachs e Iván Illich en la reflexión sobre la construcción social de la energía, sobre la forma en que esa palabra amiba infecta la vida entera. Hasta donde sé, nadie llegó tan lejos como Jean en esa reflexión, haciendo gala de un dominio técnico del que carecíamos los demás y de su originalidad características. En cuanto a lo del transporte, la contribución de Jean tiene todas las facetas. En su reflexión teórica, dio expresión accesible a las tesis de Illich y las completó decisivamente. En

su contribución técnica, combinó sus múltiples erudiciones con prácticas concretas en muy diversos contextos para construir opciones que a ratos parecen enteramente utópicas pero que son por lo general increíblemente prácticas, aplicables. Impresionan por su novedad radical y casi parecen de otro planeta... pero resulta que se pueden poner inmediatamente en práctica. Y así lo hizo Jean, caminando, renunciando a tener automóvil, asistiendo a reuniones interminables y aceptando críticas y descalificaciones para persistir en un empeño que resulta cada vez más urgente. Quizá hoy es el momento de Jean, cuando gracias a la “pandemia” se han abierto muchos ojos y el despertar impulsa todo género de iniciativas de quienes solo ahora se ponen a pensar en serio lo que hace falta hacer. En cuanto al agua, Jean se ocupó de innumerables cuestiones prácticas —como el sanitario seco—, pero también conectó la cuestión con aspectos teóricos de alta densidad, como hace aquí en un artículo excepcional.

Es imposible encontrar un texto que pueda ser una especie de conclusión o síntesis del pensamiento y la acción de Jean. Pero el que hemos dejado al final cumple en cierta manera esa función, al mostrar en una variedad de dimensiones la inmoral irracionalidad del mundo en que vivimos y la necesidad de acotar nuevos caminos y empezar a transitar por ellos, como hizo Jean tantas veces.

San Pablo Etna, julio de 2021